

## Elías Amézaga, pasión por la tierra vasca

Por EMILIO PALACIOS FERNÁNDEZ

(Universidad Complutense)

Señoras y señores, muy buenas tardes.

Con sumo gusto vengo desde mi exilio madrileño para presentarles, a petición de los amigos de la Comisión de Alava de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, el libro de Elías Amézaga *Los vascos que escribieron en castellano*, con motivo de la aparición de sus dos últimos volúmenes. Me cupo la fortuna de presentar al público de Vitoria el primero de los tomos en el año 1978. No sé si el autor recuerda el para mí emotivo acto ocurrido el día 27 de junio en el histórico marco de la Casa del Cordón. Si entonces manifestaba mi enorme satisfacción por la aparición de aquella primera entrega, hoy, quince años después, me uno a la celebración por ver llegar a buen puerto esta hermosa aventura intelectual. El largo trabajo de investigación ha llegado a su fin, tras derrochar esfuerzos y sacrificios sin medida, trayendo como agradable fruto los cuatro tomos que componen la serie.

Conocí a Elías en Vergara con motivo de una conferencia que di en aquella memorable villa para celebrar la inauguración del centro de la Universidad a Distancia. Y luego tuve trato más directo con él al presentar el libro. Yo estaba en los comienzos de mi tarea investigadora y había publicado en 1975 mi tesis doctoral sobre Samaniego en aquella entrañable colección de la Biblioteca Alavesa Luis de Ajuria. Desde entonces mi re-

---

(\*) Notas para la presentación del libro *Los vascos que escribieron en castellano*. Vitoria, 7 de septiembre de 1993

lación con Elías Amézaga ha sido continua. Cartas, tarjetas con su inconfundible letra y estilo directo y efusivo, llamadas por teléfono. Pero sobre todo horas de convivencia en la Biblioteca Nacional de Madrid, que ha sido durante mucho tiempo para él su nueva patria, como lo sigue siendo para mí. Recuerdo también de aquellos tiempos antiguos una visita entrañable a su residencia de El Escorial, y más tarde a su querida Algorta. Hemos coincidido en muchos lugares, en ninguno de juerga, ni tan siquiera para tomar un humilde vaso de vino. Tuve la fortuna de que accediese a colaborar en la *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, que yo dirigí, y para la que Elías hizo, puntualmente y sin desdoro, los capítulos dedicados a la literatura vasca que se incluyeron entre los firmados por catedráticos y profesores de universidad.

Antes de hacer unas breves consideraciones sobre el contenido y las características de la publicación que hoy nos reúne aquí, quizá convenga rememorar, aunque sea sucintamente, la aventura intelectual de Elías Amézaga, para que este recordatorio sirva de homenaje de admiración y respeto. Este trabajo que presentamos forma parte de una historia todavía felizmente en marcha, y espero que por mucho tiempo, sin desanimarse y a pesar del desinterés social por la cultura. Creo que todos los presentes habrán tenido la oportunidad de conocer alguno de sus libros o de sus innumerables artículos de prensa. Su personalidad quedó puntualmente develada en el estudio emotivo y personal de Mario Angel Marrodán, *Elías Amézaga. escritor del Pueblo vasco* (Madrid, Beramar, 1990). Nuestro hombre es autor prolífico, tesonudo, apasionado y amante de su país. La vida de Elías Amézaga es un gozoso ejemplo de dedicación y amor a su patria, una lección continua de vizcainía que ha dirigido su esfuerzo a desentrañar el ser y la historia de las gentes de su tierra. Es ésta una empresa fundamental. Porque no existe un pueblo si no hay detrás una cultura: una lengua, una literatura, unas tradiciones, unas costumbres... Es Elías un puro hombre de letras, por más que lo quiera ser como escritor aficionado y temperamental.

Hay en la biografía intelectual de Elías Amézaga dos períodos claramente diferenciados: en el primero domina el creador literario, en el segundo el historiador y el ensayista. La etapa literaria se inició con el descubrimiento temprano de su vocación teatral, ya en el colegio; pero esta aventura, incluida la de empresario, maduró en Oviedo y Madrid. *Redentor del mundo* (publicada en 1953) fue la pieza de mayor resonancia. Escribió varias obras, no siempre con el éxito deseado, salvo las de teatro

infantil. Hizo traducciones de destacados dramaturgos extranjeros. No conocía el teatro de Amézaga, a pesar de la referencia de Juan Emilio Aragón en su *Teatro español de posguerra* (1971) que lo citaba como autor que había entrado “fugazmente” en las carteleras. Cuando me remitió, tras conocerle, la obra - *Et après? - Aux barricades*, editada en Bilbao en 1969, entendí en qué consistía el problema: Elías escribía el teatro con una profunda emoción intelectual y literaria, lejos de los modelos del teatro comercial. Teatro para leer, teatro experimental, teatro minoritario, que además tenía sus problemas con la censura. En la dedicatoria de esta última obra me decía “Te gustará. Fue prohibida y metida en Orden Público por atacar el glorioso ejército español”.

La experiencia con la novela está marcada por los mismos signos. La originalidad se manifiesta en ella en la imaginación domeñada, en la libertad de estructuras y de estilo, en la búsqueda de una identidad literaria propia, en la que se incluye su personal código gráfico. Practica una heterodoxia general al romper con los géneros tradicionales: la novela dialogada o el teatro con incidencias novelescas. Pero sobre todo, como dice Marrodán, “la pasión de escribir bien”. Escribir es una cuestión de estilo: Amézaga es su estilo. Ha escrito varias novelas, consistentes y generosamente amplias, entre las que destacaríamos *Yo demonio* (1957), sobre las andanzas y aventuras de Lope de Aguirre, últimamente resucitado por el cine; *Auto de fe* en Valladolid (1967), *Guía del Perfecto inquisidor* (1968), estas dos últimas sobre la Inquisición, asunto que le ha preocupado sobremanera. Originales son sus biografías sobre Enrique IV, el Papa Luna, María Estuardo, Van Gogh o Jorge Sand. También en este género busca nuevas formulaciones y acercamientos.

En el teatro y la novela muestra preferencia por los temas históricos que el autor interpreta desde una perspectiva literaria. Casi siempre vienen precedidos de una labor informativa, rigurosa labor de lectura de libros, de consulta de archivos, aunque luego todo aparece mediatizado por su propia subjetividad. La historia no es para él el espectáculo de la memoria, sino la reflexión sobre los hechos del pasado hecha con humanidad, como indagación personal y ejemplarizante. Cuando el Amézaga literato se convierte en investigador, lo que hace es dar a los mismos temas un nuevo punto de vista que quiere ser más objetivo o erudito. No siempre se consigue esto, porque como dice él mismo en algún sitio: “Contar el pasado es en cierto modo mentir, que raramente se escribe sin pasión y por lo común con una moral preconcebida”. Debemos admitir, pues, la libre subjetivi-

dad del historiador. Entre las obras de erudición recordaremos *El Primer Aguirre, o el artífice del estatuto*, *Lehendakari Aguirre, una vida al servicio de su Pueblo*, *A la contra*, *Euskadi: al cruce de tres culturas*, y por supuesto los volúmenes que en seguida se comentarán de *Los vascos que escribieron en castellano*.

No está de más recordar que son libros de investigación, pero en los que hay una cierta voluntad de desacralizar lo erudito. Por eso son creaciones que tienen que ver con el ensayo. Valores ensayísticos son: la subjetividad en la expresión, la valoración no orgánica de los datos, la carencia de estructuras organizativas rigurosas, la imprecisión en las citas, la voluntad de estilo. El ensayo no es un fracaso de la erudición, sino la intención de decir las cosas de otra manera, más personalizada, más sugerente, más creativa, más fácilmente comunicable. El libro *A la contra*, aparecido en Bilbao en 1986, lleva en la portadilla interior un subtítulo que reza: "Ensayo, diálogo y hasta historia de unas cuantas cosas de nuestro país". Y luego el texto se realiza en forma de diálogo (dramático) que recuerda el género renacentista del diálogo, como los de Erasmo o los de los hermanos Valdés. La perspectiva ensayística, permanente en su creación, le lleva inevitablemente al interés por el aquí y el ahora, la tierra vasca y sus problemas, sobre los que reflexiona en sus abundantes artículos periodísticos, que se convertirán en cuerpo más compacto cuando se ordenen y agrupen en libro.

El ensayismo no empece, como ya dije, que el autor haya montado la aparente liviandad de su discurso en una investigación rigurosa y, a veces, exhaustiva, según me consta. Prueba de ello, de que lo sabe y conoce todo o casi todo, es su pasión bibliográfica. De manera solitaria ha emprendido la ímproba aventura de la bibliografía en *Autores vascos*, iniciada en 1984 y de la que lleva publicados al menos siete volúmenes, estando todavía abierta la serie. Junto a otras bibliografías, como la de Jon Bilbao, se ha convertido en una importante herramienta de trabajo para los estudiosos que quieran acercarse a los autores vascos. De la misma vocación copiladora nace su libro más reciente, publicado el año pasado: *Ficha bibliográfica de Miquel de Unamuno*, a la que acompaña un interesante apéndice con artículos de época en torno al filósofo bilbaíno y cartas de Salaverría a Unamuno.

La visita a las bibliotecas, a los archivos, haciendo gala de un tesón y laboriosidad increíbles, nos ha descubierto al erudito. A través de sus nu-

meros trabajos Amézaga muestra un amor incontenido por su tierra vasca, por su cultura, que ha convertido casi en tema monográfico.

De *Los vascos que escribieron en castellano* ha publicado Elías Amézaga cuatro densos tomos: el primero apareció, según se dijo, en 1978; el segundo, en 1981; y los dos restantes, ¿por ahora?, en el presente año.

Para entender el porqué de esta historia informal de los vascos que escribieron en castellano, quizá convenga hacer una reflexión sobre el tema casi siempre espinoso de en qué consiste la cultura vasca. Recordaría en este sentido un libro de Elías Amézaga que aclara a la perfección el pensamiento de su autor: *Euskadi: al cruce de tres culturas* (Bilbao, 1989). Si nos acercamos a sus páginas veremos que la literatura de nuestra tierra resulta de la suma de tres formas de expresión que el autor denomina: "Letras vascas de expresión francesa", "Literatura vasco española" y "Literatura vasca". Se recoge en el ensayo las tres formas de expresión que tradicionalmente han utilizado los naturales del País Vasco. Los vascos que escribieron en castellano conforman una parte de la historia cultural de este pueblo plural.

Opino en términos parecidos a los de Amézaga. El vasco vive el drama o la riqueza de su experiencia lingüística en su trilingüismo, en la lucha entre sus raíces profundas y su voluntad de una más amplia comunicación. Por eso la literatura vasca se realiza en tres lenguas, aunque con una intensidad desigual: euskera, francés, castellano. Sería reducir la cultura vasca, si en un exceso de celo patriótico, sólo se recogiera la escrita en euskera. En este tema conviene recordar que la lengua autóctona existe como expresión del sustrato más íntimo y antiguo de este pueblo, la que manifiesta tal vez su identidad más verdadera. Pero también debemos recordar, que el euskera no se utilizó como lengua de cultura hasta época muy reciente. Sólo la vida familiar, las tradiciones empleaban ese idioma. Las lenguas romances, francés y castellano, fueron el vehículo de cultura desde época temprana. No olvidemos tampoco que, dentro del mapa de las lenguas de España, los romances hablados en el País Vasco, Navarra y La Rioja, parecen los primeros en apartarse de la norma latina, tal vez porque sufrían con mayor intensidad la presión de los viejos lenguajes prerromanos que pervivían en las zonas menos romanizadas.

Aparte del conocido retroceso histórico de la lengua vasca, el castellano se convirtió en lenguaje de cultura para quienes querían escribir para

un público más diverso y numeroso. Por eso no puede parecer extraño que algunos utilicemos un idioma de más amplia andadura, lo cual no implica la pérdida de la identidad nacional. Si esto se produce, la presencia del espíritu euskaldún suele depender muchas veces de la historia personal de cada uno de los escritores de origen vasco. Además no hay que pensar que el castellano conquistó de manera sistemática a estos autores, sino que ellos ganaron Castilla, su cultura, su política, con sus propias armas, su lengua. Y esto ocurre sin dejar de ser vascos.

En este sentido resultaría pertinente hacer una reflexión profunda sobre los escritores que escribieron en castellano:

- si conservan su mentalidad originaria, su peculiar visión del mundo en sus obras,
- si les interesan los asuntos del país,
- si tienen un estilo y vocabulario peculiar.

Tal ocurre en algunos autores como Unamuno, Maeztu o Baroja. Este reconocía en una conferencia 1920 su intención de que: “[...] yo haya tenido la aspiración de dar un matiz no latino, poco retórico y poco elocuente, de precisión, de sequedad, dentro de la literatura española”. Si esto es así, está claro que siguen siendo escritores vascos.

Y volviendo de nuevo a los tomos de *Los vascos que escribieron en castellano* recordemos algunas características generales de su presentación:

En primer lugar, que no se trata de una historia sistemática de lo escrito en castellano. Al autor le han ido creciendo los volúmenes entre las manos, y ha ido añadiendo diversas estampas que tienen en común el ser algo escrito en castellano por escritores vascos, navarros e incluso oriundos. De esta manera queda la obra abierta siempre a nuevos descubrimientos, a sumar nuevas estampas a este puzle que se va recomponiendo con una fuerza interior y, a veces, víctima del azar.

En segundo lugar, que no se trata de una historia de la literatura *sensu strictu*, a no ser que entendamos este término en el sentido amplio y difuso que tenía en el Siglo de las Luces: lo escrito y publicado en castellano por los vascos. Aquí entran literatos, pero también juristas, traductores de caligrafía, historiadores, teólogos, foralistas, políticos, lingüistas..., es decir el complejo y variopinto mundo de la cultura.

Para ayudarles a ustedes a conocer el contenido de estos volúmenes,

en especial de los dos últimos, voy a realizar un somero recorrido por lo más significativo de sus capítulos haciendo a la par algunas anotaciones sobre los mismos.

En el tomo primero se presentan una serie de estampas sobre los literatos vascos que escribieron en castellano desde los albores de la literatura española hasta la época anterior a la guerra civil del 36. Es un tomo casi monográfico, aunque con alguna excepción.

Observando a los autores y géneros que se estudian se puede deducir la existencia de dos momentos particularmente fecundos para la literatura vasca en castellano:

—El siglo XVIII. La creación de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País fue de una importancia capital en el País Vasco y también a nivel nacional. La Bascongada se convirtió en uno de los focos más importantes de la promoción de los ideales ilustrados. En la creación literaria se cita a Peñaforida, Samaniego, Jérica y al oriundo Cadalso.

Habría que completar este panorama trazando también las semblanzas de otros escritores: Eugenio de Llaguno y Amírola, Juan Antonio de Armona, Martín Fernández de Navarrete (aunque sea de Ávalos), Luis Mariano de Urquijo, y algunos otros más que yo recogí en mi artículo “Ilustración y literatura en el País Vasco” (*Peñaforida y la Ilustración*, San Sebastián, 1986, pp.67-113). Además de los que allí reseñaba debo añadir ahora al escolapio Andrés Merino de Jesucristo, novelista, retórico, calígrafo, lingüista y hombre de amplia cultura que era natural de Elciego; a los navarros Vicente Rodríguez de Arellano, abundantísimo poeta, dramaturgo, especialista en dramas de tipo sentimental, y traductor de mucho éxito; o al tudelano Cristóbal María Cortés, poeta y afamado autor de tragedias que ganó el premio nacional de teatro en 1784, del que se ha hecho una tesis doctoral en la universidad de Zaragoza, todavía inédita; tal vez oriundo sea Bernardo María de la Calzada, militar liberal amigo de Cadalso, miembro de número de la Bascongada, traductor cotizado, novelista y dramaturgo..., por citar a algunos.

—La generación del 98, escritores políticamente de izquierdas en su juventud, incluso revolucionarios. De los cuatro o cinco grandes figuras de este grupo tres son vascongados: vizcaíno Unamuno, guipuzcoano Baroja y alavés Ramiro de Maeztu. Junto al estafalarario y anarquista Maeztu en su época juvenil (como se recuerda en su artículo “Vitoria una ciudad comida por el clero”), habría que colocar por lo menos a sus dos herma-

nos: Gustavo, pintor, pero también dramaturgo, y autor de la novela *El imperio del gato azul*, y a María, famosa pedagoga y mujer de destacada personalidad.

La investigación está abierta y es responsabilidad de todos ir aventando la historia de la literatura para descubrir nuevos escritores vascos que escribieron en castellano. Pero habrá que historiar también la rica pléyade de literatos nacidos en nuestra tierra en la posguerra, unos desgraciadamente muertos ya (Aldecoa, Otero, Aresti) y otros todavía en plena producción. Amézaga no ha tenido intención de presentarlos, aunque andan por ahí en las historias generales de la literatura española, e incluso algunos con una abultada bibliografía.

El segundo tomo queda dividido en dos grandes apartados: el primero sobre los “Publicistas de la posforalidad”, se adentra en otro de los asuntos nucleares de la bibliografía vasca. Aquí recupera a los periodistas de finales del XIX y principios del presente que trataron el tema de los fueros como Alzola, Lizana, Toca... En la segunda parte, “Autores políticos”, destaca la relevancia de los pensadores vascos en la aparición y configuración del socialismo moderno a comienzos de siglo. Algunos de ellos son también literatos como Unamuno, o el novelista Julián Zugazagoitia, del que van apareciendo últimamente importantes estudios que nos lo presentan como uno de los adelantados de la novela social. En el Apéndice se añaden unos textos de Meabe, breves relatos de carácter social, y unas interesantes cartas del mismo escritor a Unamuno.

En el tomo tercero, denso en su letra chica, presenta un interesante mosaico de temas que agrupa bajo los siguientes epígrafes: 1. Pórtico: son unas reflexiones sobre el nacionalismo y el foralismo. Tal vez sean las palabras más rotundas de Amézaga sobre el tema de los nacionalismos, no sólo en su consideración histórica, sino en su realidad actual. Y discurre en libertad, casi al dictado de los hechos, con pensamiento claro: “Todos los hombres tienen derecho a la libertad a título individual y los pueblos a título colectivo” (p.12). Resultan evidentes las hondas convicciones de su pensar nacionalista, la rotundidad de sus ideas, coincida o no el lector con su discurso. “El nacionalismo nace de la necesidad biológica de un pueblo que siente cómo se le disgrega, o ve cómo otro dispone de su destino”, declara. Hay en este apartado fragmentos apasionados. Se recorre la historia persiguiendo la idea, enmarcando el poema, dando vida al texto, gritando o rumiando.

El apartado II, “Textos y plumas”, trata de las apologías de la lengua vascongada. Hace un recorrido apasionado de los autores que desde los tiempos más remotos hasta la actualidad han hablado sobre la lengua vasca; a los que la denigraron, para afearlos su postura y a quienes la alabaron, para celebrarlo con ellos.

En el capítulo III vuelve de nuevo al tema de la foralidad, uno de los motivos de investigación histórica más insistente. Recuérdese su libro *Mil años con fueros...* “El de la foralidad es el único que une a todos los credos de los vascos”, afirma. En su apoyo trae a colación a algunos de los defensores de los fueros en los siglos pasados. Estudia de manera cronológica e individualizada textos de: Manuel de Larramendi, el licenciado Gabriel de Espinosa (1756), Fontecha Salazar, Diego de Lazcano (1786), el erudito Floranes (1776), Mariano José de Urquijo; y otros muchos autores del siglo XIX, cuya obra e ideas principales se anotan abreviadamente.

Se incluye entre ellos las palabras de un impugnador del siglo XVIII, Juan Antonio Llorente, de quien traza una imagen negra y ridícula. La personalidad de este canónigo riojano, nacido en Rincón del Soto en 1756, es realmente compleja, a pesar de que hoy resulte mejor conocida después de los estudios de Sarrailh, Marrast, y en especial de Gérard Dufour que publicó en Génova en 1982 un grueso volumen sobre su persona y obra. Tiene una primera etapa de canónigo ejemplar y erudito en Calahorra (en esta época escribió algunos libros interesantes para conocer las circunstancias de la organización parroquial en muchos de los pueblos de Alava que pertenecían, como es sabido, a la diócesis de Calahorra) y Madrid. Siguió luego un período de feroz liberalismo que le llevó a poner en tela de juicio muchos de los valores de la Iglesia, incluida la Inquisición, y acabó, finalmente, en un arrepentimiento.

Para comprender su actitud antiforalista le voy a recordar al señor Amézaga una cosa que tal vez no conozca: en el Fondo Prestamero del Archivo Provincial de Alava se conservan dos cartas del señor Llorente fechadas en Calahorra en mayo y julio de 1788 pidiendo la admisión en la Sociedad Bascongada, que le fue concedida. Según los datos que obran en mi poder fue socio literato entre 1788 y 1793. ¿Qué pasó en esta fecha? ¿Puede haber detrás de estas actitudes del clérigo riojano una historia de resentimiento? Puedo afirmar que tenía escrito el texto de su impugnación en 1796 (el manuscrito se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, y el Apéndice documental en la Academia de la Historia), aunque no lo publicó hasta 1806-7. Las respuestas no se hicieron esperar en la pluma del

baracaldés Francisco Aranguren y Sobrado, alcalde del crimen en la Real Chancillería de Valladolid, que publicó en 1807 una *Demostración* contra el tomo 1 de Llorente y dejó inédita la del tomo 2, que se conserva en la Academia de la Historia, y que Amézaga publica en un Apéndice de este volumen. También me consta que Llorente escribió una *Respuesta a la impugnación del Sr. Aranguren*, hoy en paradero desconocido. De Llorente conozco alguna documentación más sobre el País Vasco: en la Facultad de Teología de Granada se encuentra una *Disertación... sobre los fueros de Vizcaya*, de 1798, de la cual existe una copia en el Centro de Estudios del siglo XVIII de Oviedo.

Siguiendo con el tomo III, el apartado cuarto se titula “De historia”, donde se recoge una completa información sobre nuestros historiadores. Se inicia en el siglo XVIII con la figura estelar de nuestro Landázuri, de feliz memoria, y el vizcaíno Iza Zamácola, más interesante por sus escritos costumbristas. Recuerda otros historiadores del XIX como el alavés Ladislao de Velasco, Fidel Sagarmínaga, Nicolás Soraluze y otros.

Permítanme, sin embargo, que recuerde algunas fuentes manuscritas del siglo XVIII que deberíamos utilizar con más asiduidad. Me refiero a los fondos manuscritos del geógrafo madrileño Tomás López, socio de la Bascongada, que se conservan en la Biblioteca Nacional, y donde se recogen numerosas informaciones sobre pueblos e instituciones vascas. Y también los manuscritos de los informantes del *Diccionario Geográfico-Histórico de España*, que publicó la Real Academia de la Historia en 1802. Se trata de un diccionario incompleto, sólo se editó el tomo I que por fortuna corresponde al País Vasco y Navarra, en el que los académicos recogieron datos sobre los diversos pueblos del reino. Así los artículos sobre Alava están redactados por Francisco Martínez Marina (M), director de la Academia. Según se declara en el prólogo informaron sobre las tierras de Alava dos miembros alaveses de la Bascongada: Pedro Jacinto de Alava y, especialmente, Lorenzo de Prestamero, secretario de la institución. De éste se dicen palabras sumamente elogiosas: “se dedicó a practicar quantas diligencias fuesen necesarias al desempeño de una obra tan interesante. En su consecuencia formó y remitió todas las descripciones y algunas otras noticias muy útiles, quales son las de un camino romano que atravesaba por aquella provincia, copiando las muchas inscripciones que todavía se conservan. La decidida afición del señor Prestamero al estudio de nuestras antigüedades, su preciosa coleccion, zelo patriótico, de que ha dado grandes pruebas en la Real Sociedad Vascongada, y sus prendas per-

sonales hacen muy recomendable el mérito de este eclesiástico, y por todo le nombró la Academia individuo correspondiente” (I, p. XXX). Los informes originales se conservan en la Academia de la Historia. El tomo III de Amézaga se cierra con unas breves notas sobre la prensa y sobre la personalidad de Vicente de Arana.

Finalmente, unas palabras sobre el tomo IV. Se inicia con un “Pórtico”, que vuelve, ¡cómo no!, al tema del foralismo *versus* nacionalismo, en especial a finales del s. XIX. En la segunda parte, “Hechos y plumas”, acoge a una larga serie de tipos y personas. Se inicia con la descripción de la muerte del nacionalista Sabino Arana, que le ha exigido un minucioso rastreo de la prensa bilbaína en la fecha de su óbito en 1903, hasta rehacer una crónica detallada. Luego se trazan otras estampas de su figura y su pensamiento, de su actividad como empresario periodístico y de literato, de las relaciones con personajes de su tiempo (Meabe, Azcue, Unamuno, Echegaray, Campión).

El relato de las figuras del nacionalismo vasco sirve a Amézaga para ir desgranando sus propias ideas nacionalistas, acendradas, puras, exigentes, sin concesiones. Leemos: “No voy a criticar y doy fe una y otra vez de que exista un nacionalismo que se cubre con la piel corderil para tratar con España. Lo que dudo es que oculte otra intención detrás. Ni cuando así lo apunte en la intimidad de la causa. Permítaseme sospechar del que me hable de lo económico y social antes de solucionar los problemas político-culturales” (p. 157). Él dice sus opiniones con valentía, cada uno puede luego pensar las suyas. Pero queda el Amézaga inquietador, agitador de conciencias.

Habla más adelante de las peculiaridades de otras figuras del nacionalismo euskaldún: Luis de Arana-Goiri; la vida agitada del padre Ibero; Arturo Campión, nacionalista cabal, literato e historiador; Aranzadi; Luis de Elizalde...o la heterodoxia de Ulacia. Sabe trazar Amézaga con precisión la imagen de su figura histórica, pero mejor el retrato de sus almas. En resumen, el tomo IV se convierte en un importante tratado sobre el nacionalismo vasco en la pluma de sus pensadores y en la imagen de sus políticos.

El tono ensayístico de estos volúmenes, como dijimos antes, resulta evidente. Ya el autor hablaba en la “Nota liminar”, que antecede al volumen primero, de “un ensayo como el presente de literatura vasca vertida en castellano”. En cuanto ensayos, estos tomos tienen una intención co-

municativa y de difusión. Destacamos igualmente la voluntad de estilo, el estilo de Amézaga tan personal y expresivo, estilo directo y cortado. No se trata sólo de contar con más o menos rigor parte de una historia que tiene que ver con el País Vasco. Son libros muy personales, en los que al hilo del relato al autor se le escapan múltiples reflexiones, como quien no quiere la cosa, divagaciones sobre temas estéticos, políticos, morales... El ensayista invade continuamente el espacio del relato histórico. Todo ello refleja una manera muy personal de ver el mundo y la historia. Es el libro de un vasco, que escribe en castellano sin dejar de ser vasco.

Para concluir, recuerdo unas palabras de los agradecimientos finales que cierran el último volumen de la serie donde el autor aclara la finalidad de la escritura de esta obra: “Pugnar por la conservación y expresión de todo lo euskera en lengua castellana, así como el propósito de reivindicar al castellano como una de las lenguas del vasco. Viene sobradamente demostrado a lo largo del presente estudio que valía la pena patentizarlo”.

Que sean estas palabras que les he dirigido un homenaje al autor de estos volúmenes y para ustedes una invitación a la lectura, al adentramiento personal en los textos. He dicho.

### **Bibliografía básica de Elías Amézaga**

- Del cisma*, Bilbao 1952.  
*Morir, qué tentación!*, Bilbao, 1953.  
*Sonata fúnebre*, Bilbao, 1953.  
*Redentor del mundo*, Madrid, 1953.  
*Los Pecados se hacen de dos en dos*, Bilbao, 1954.  
*Jorge Sand, íntima*, Bilbao, 1955.  
*Yo, demonio. Andanzas Y naveganzas de Lope de Aquirre, el fuerte caudillo de los invencibles Marañones*, Bilbao, 1957.  
*El proceso de María Estuardo*, Bilbao, 1959.  
*Van Gogh y el más allá*, Bilbao, 1959.  
*Consejos a un recién muerto*, Bilbao, 1966.  
*Auto de fe en Valladolid*, Bilbao, 1967.  
*Guía del Perfecto inquisidor*, Bilbao, 1968.  
*Et après? - Aux barricades*, Bilbao, 1969.  
*Teatro*, Bilbao, 1970.  
*Eso*, Bilbao, 1971.  
*Con Piedras*, Bilbao, 1972.

- Horno, Bilbao, 1973.
- Happenima. Exploración*, Madrid, 1973.
- Cómo se hace un rey*, Bilbao, 1973.
- Enrique Quarto*, Madrid, 1974.
- Peñíscola y Savonarola*, Bilbao, 1975.
- Mil años con fueros..., cien sin*, Bilbao, 1976.
- Los vascos que escribieron en castellano*, I, Bilbao, 1977; II, Bilbao, 1981; III y IV, Bilbao, 1992.
- “Literatura vasca”, en *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, dirigida por Emilio Palacios, Madrid, Orgaz, 1980, VI, pp.99-118; VII, pp.203-224.
- Autores vascos*, I, Bilbao, 1984; II, Bilbao, 1986; III, Bilbao, 1988; IV, Bilbao, 1989; V, Bilbao, 1990; VI, Bilbao, 1991; VII, Bilbao, 1992.
- Letras vascongadas de expresión española*, Madrid, Fundación March, 1985 (Col. Las tierras de España).
- A la contra*, Bilbao, 1985.
- “Introducción”, *I Congreso de Derechos Colectivos de Euzkal Herria*, Bilbao, 1985.
- Letras vascas de expresión francesa*, Bilbao, 1985 (Cursos de extensión universitaria).
- Reflexión dramática sobre un gran hombre*, Arbola, 1987.
- Bilbao, nuestro gran Bilbao*, Bilbao, 1988.
- José Antonio Aguirre, el artífice del Estatuto*, Bilbao, 1988, 4 vols.
- Euskadi: al cruce de tres culturas*, Bilbao, 1989.
- Lhendakari Aguirre, una vida al servicio de su pueblo*, Bilbao, 1991.
- Tellagorri*, Estudio y selección de textos, Getxo, 1992.
- Ficha bio-bibliográfica de Miguel de Unamuno*, Bilbao, 1992.
- Esteban Calle Iturrino. Un centenario*, Bilbao, 1993.
- “Bibliografía de Justo Gárate”, en *Un crítico en las Quimbambas*, San Sebastián, 1993.